

## De abejas e interés propio

Héctor Zagal

Universidad Panamericana

¿Qué mueve al mundo? Algunos dicen que es el amor. Otros dicen que es el dinero. Cuando nos preguntamos qué mueve al mundo nos referimos a qué mueve a las personas. ¿Qué ha hecho que el ser humano construya chozas y rascacielos? ¿Qué lo mueve a cruzar una masa de agua capaz de devorar sus naves? ¿Cómo llegamos a tener vacunas? ¿Cómo explicar que una persona prefiera dormir en una incómoda silla durante semanas junto a su pareja hospitalizada? ¿Existe una sola razón detrás de todas estas acciones? Hay muchos factores que se conjugan detrás de cada una de estas acciones y probablemente no sería justo reducirlas a una sola causa. La vida humana no funciona como canicas que chocan unas con otras generando movimientos que puedan predecirse o deducirse con total certeza.

Las razones que pueden llevar a una persona a una persona a, por ejemplo, despertarse todos los días para ir a trabajar pueden ser varias. Visto desde fuera, la rutina de dos personas que se despiertan a las 6 de la mañana para ir a trabajar durante más de 8 horas puede parecernos tan similar que no tendríamos reparo en pensar que ambas comparten motivaciones. Sin embargo, quizás una persona realiza esta rutina para pagar una deuda que amenaza con quitarle su casa. Otra quizás va a trabajar con la ilusión de ganar suficiente dinero para jubilarse con calma. Una tercera persona quizás encuentra su motivación en ver a su compañera de trabajo, de quien lleva enamorado varios meses. Todas estas personas pueden tener, de manera general, la misma rutina. Pero la motivación de cada una es lo que las distingue. Decir que es el amor, el dinero, el placer, el poder o la fama, lo que nos mueve es tentador, pero dejaría de lado muchas experiencias. Hay personas que son movidas por el dolor, la compasión, el dolor, la avaricia, los celos o la venganza.

La motivación es una suerte de causa porque mueve y genera un cambio, pero que no opera como una causa del mundo físico. Los seres humanos actuamos convencidos de que nuestro curso de acción es el mejor curso que podemos tomar según nuestras creencias, nuestro conocimiento, nuestros deseos, nuestras emociones. Aún cuando en determinado momento no vayamos en pos de lo que deseamos, decidamos hacer algo distinto, ese viraje implica una deliberación, es decir, una reflexión sobre qué es mejor; en este caso seguir el deseo original o no. Ahora, ¿qué es lo mejor para el ser humano? ¿Actuar según aquello que nos genere placer y evitar todo lo que nos provoque dolor? ¿Y qué pasa si ello motiva un curso de acción que pueda dañar a otros?

Si creemos que no dañar a otros es bueno, entonces gran parte de nuestras acciones probablemente tendrán como guía y límite el respeto a los demás. Si llevamos a un extremo esta situación de tal suerte que viéramos únicamente por los otros y no por uno mismo, nuestro curso de acción entonces estaría motivado por

el bien ajeno y nunca el propio. Sin embargo, si consideramos que bueno es aquello que maximice primordialmente nuestro bienestar, quizás no tengamos tanto reparo en cómo podemos afectar a otros con nuestras acciones. Si lo mejor es ver por uno mismo, entonces no tendría sentido ver por otros. Es difícil pensar que alguien se rija única y absolutamente por cualquiera de estos extremos. Vivir únicamente para hacer bien a los otros implicaría un sacrificio tal que probablemente nos impediría hacer bien a más de una persona. Tendríamos que tener ciertos límites, como no exponer nuestra vida, por ejemplo. Por otro lado, velar exclusivamente por nuestro propio interés propio exclusivo necesita una alteridad para, al menos, reconocerse como individuo. Existir requiere del cuidado de otros. Por mucho egoísmo que uno pretenda, todos necesitamos de otros al menos los primeros años de nuestra vida. El punto medio entre un extremo y otro es lo que permite que existan comunidades formadas por individuos que para ver por ellos mismos reconocen a otros que, uno supone, ven por ellos mismo también. ¿Podríamos estar seguros que cuando alguien le hace bien a otra persona no existe un interés propio en su actuar? ¿Existe un acto totalmente desinteresado? Ayudar a otros puede ser muy placentero...

Bernard Mandeville (1670-1733), médico y filósofo holandés que vivió gran parte de su vida en Inglaterra, no concebía una sociedad, al menos no una que valiera la pena, totalmente purgada del interés propio. Es más, pensaba que era este interés propio, con todo y los vicios que podía generar, lo que mantenía en movimiento y prosperidad a las comunidades. Para ejemplificar esto Mandeville escribió *La fábula de las abejas*. En ella, Mandeville compara la sociedad humana con la vida en una colmena. Si una colmena es próspera no es gracias a su labor altruista, sino al interés propio de cada una de ellas y a sus vicios. La historia continúa con unos sacerdotes que piden que se expulse todo vicio del panal (sociedad) y así detener la degeneración humana. Júpiter, dios atento a las súplicas de estos hombres, extirpa del alma de las abejas (personas) toda conducta despreciable y egoísta dejando, entonces sólo justicia y benevolencia en sus corazones. En menos de media hora, esta sociedad se marchitó.

¿Qué sentido tendría la abogacía si no se cometen injusticias? ¿Para qué querríamos un médico si no hay excesos que nos lleven a enfermarnos ni heridas provocadas? Si los precios son justos en el mercado, entonces no habría ganancia (sic). El entretenimiento y los lujos dependen del ocio y la vanidad humana. En el imperio de la virtud, piensa Mandeville, no prosperarían la industria, las artes, el comercio. Existirían individuos que conforman una sociedad, sí, pero ésta no sería una que valga la pena ser recordada. Sin competencia por procurarse lo mejor, esta sociedad sería aburrida, estática, gris.

A Mandeville se le considera como uno de los autores claves del liberalismo. Según Mandeville, la búsqueda egoísta del propio interés genera, paradójicamente, el bienestar social y económico. Podemos estar de acuerdo o no con Mandeville, pero no podemos negar su importancia en el desarrollo de la teoría del liberalismo. Al final del día, la pregunta crucial ¿Son dulces los frutos del egoísmo?